

Rememorando el siglo que acaba

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER*

Las primeras reflexiones que nos vienen a la mente al enfrentarnos con espíritu crítico ante semejante tarea se refieren a la posibilidad de hacerlo desde una excesiva cercanía temporal, teniendo en cuenta que he vivido y por tanto tengo recuerdos personales o muy directos a lo largo de tres cuartos de este siglo. Dentro de este período, he pasado gran parte de mi vida fuera de España, en cuatro continentes, lo que sin duda me facilita una visión, si no totalmente global, sí lo suficientemente variada para no caer en el eurocentrismo, y aun menos en el localismo. Nacido en el extranjero, no pertenezco en origen a ninguna de las autonomías, por lo que tengo siempre presente la imagen completa y equilibrada de la totalidad de España y de sus intereses en el mundo. Así circunscribo los meros datos de lugar y tiempo en que deberán discurrir mis reflexiones.

* Embajador de España.

Pero para identificar el objeto de éstas queda otro problema, el de la importancia absoluta o relativa de los acontecimientos históricos, de los movimientos políticos o sociales, de las tendencias sociológicas sobre las que fijar mi atención y que, además del interés de los lectores, merezcan tal prioridad, bien por el número de personas a las que aquéllos pudieron afectar, bien por las consecuencias de uno u otro orden a las que dieron lugar.

Como no se trata de un relato histórico sujeto a un orden cronológico, dejaré de lado la magia de las fechas: 1914, 1919, 1929, 1939, 1945, 1956, 1968, 1989,... que pueden ejercer sobre algunos una especie de efecto hipnótico, aunque tengan un valor nemotécnico. Incluso no se puede decir en propiedad que el siglo que ahora acaba y al que dedico estas líneas encaje en los cien años que van del primero de enero de 1901 al 31 de diciembre del año 2000 como indica el calendario, pues esos movimientos, esas tendencias a que me referiré, se mueven sobre el mar de la Historia, con la libertad de las olas, con la reiteración de las mareas.

Buscaremos las crestas de esas olas formadas por el viento de la Historia, mediremos las mareas vivas que arrojan al litoral trozos de madera, despojos, restos inanimados de ignota procedencia, testigos quizás de contiendas entre seres racionales. Estos comentarios no podrán por tanto ser ni exhaustivos ni tampoco definitivos, pero aspiro a que sirvan al menos de recordatorio para que en la era que se avecina no volvamos a caer en la misma piedra.

Dejando de lado los prolegómenos de las dos guerras balcánicas, la primera gran crisis es la guerra mundial de 1914, que a mi juicio señala el fin del largo siglo XIX comenzado durante las guerras napoleónicas y el Congreso de Viena. El nuevo orden europeo que en él se instituye, con la exaltación de varias grandes potencias que se reparten espacios de influencia o de colonización por los continentes africano y asiático, da lugar, para mantener el equilibrio de poder tan caro a la Gran Bretaña, a una serie de alianzas y contra-alianzas, cuyo engranaje nos llevara de manera suicida al estallido del conflicto de 1914. Por eso su etiología corresponde a nuestros ojos al sistema político-internacional decimonónico, lo mismo que fueron monarquías autocráticas, la germana, la austrohúngara y la rusa las que desencadenaron, al margen de ministros civiles, parlamentos y opiniones públicas, la concatenación de decisiones que puso en marcha imparable la maquinaria bélica. Hoy día nos resulta casi impensable la ceguera y la prepotencia que permitieron llevar a la vieja Europa a esa hecatombe y, de resultas, a su declive como foco de civilización que iluminaba a todo el orbe

Al término del conflicto las grandes potencias victoriosas trataron de sacar las lecciones que impidieran volver a caer en otro desastre semejante, pero lo hicieron, especialmente Francia, sin generosidad, con espíritu vengativo, desmontando totalmente el mapa de la Europa central, oriental y suroriental, deshaciendo el Imperio bicéfalo (católico, monárquico y conservador), cargando sobre Alemania un peso imposible de sostener por una población empobrecida hasta el máximo. Recordemos: pérdida de Alsacia y Lorena, ocupación militar de Renania, explotación económica por Francia del Sarre (que perdería más tarde por un plebiscito), desmilitarización, abolición del Estado Mayor General, pérdida de sus colonias en África y exigencia de unas reparaciones financieras materialmente imposibles de pagar. De esta forma se hacía inviable la naciente República democrática de Weimar y se iban sembrando en la opinión pública alemana las simientes de un nacionalismo exaltado y vengativo que encontraría en Hitler su encarnación más virulenta .

Parecido tratamiento recibió el Imperio Otomano tras cinco siglos de presencia en Europa suroriental, en Oriente Próximo y Medio, la Península arábiga, la ribera mediterránea norteafricana, haciendo la autopsia al cadáver del Hombre Enfermo de Europa. A diferencia de lo que ocurrió en Alemania, aquí el genio de Kemal Atatürk, el Lobo gris, supo construir sobre las ruinas del Califato un Estado moderno, laico, pro-occidental, que se convirtió con el tiempo en un bastión indispensable para la defensa de Occidente en la época de la Guerra fría.

Los responsables de la victoria debían encararse también con el problema de construir un nuevo sistema político-internacional que sustituyera al Concierto Europeo (que a su vez había remplazado a la fenecida Santa Alianza). Había que terminar con la diplomacia secreta, con las alianzas y contra-alianzas secretas, ya que en ese secretismo residía lo peor del sistema anterior. En efecto, el secreto provocaba, incluso en el seno de los aliados, una extrema incertidumbre sobre el alcance y verosimilitud de un apoyo militar efectivo de un aliado en caso de crisis. Además, el sistema del equilibrio de poder exigía a las naciones una atención constante para verificar que los platillos de la balanza estaban equilibrados, o al menos que su desviación respecto a la horizontal fuese mínima o soportable. En caso de que no fuese así, o simplemente de dudas, debería la nación armarse para evitar sorpresas desagradables.

Así empiezan, en interminable espiral, las carreras de armamentos que fomentarán por su propio interés los voraces emporios fabricantes de hierro y acero, de amas y explosivos. En sus Cantos de Pisa nos lo dijo el poeta:

“Las ventas de cañones llevan a más ventas de cañones
No hay congelación en el mercado de las armas
No hay saturación”.

La necesidad de un nuevo sistema político internacional que impidiera la guerra la proclamaron ya durante el mismo conflicto, en 1915, dos iniciativas privadas, la de un británico, el Vizconde Bryce, y un norteamericano, el ex Presidente de Estados Unidos, William Taft. Si las rodeamos del espíritu idealista del Presidente Wilson, tenemos ya las condiciones oportunas para que nazca el nuevo sistema: la Sociedad de Naciones. El Pacto (Covenant) se aprobó el 28 de abril de 1919 por la Conferencia de la Paz de Versalles, inmerso entre las mil estipulaciones de los Tratados de paz, lo cual no era quizás lo más conveniente para un instrumento que nacía con vocación de universalidad, tanto para vencedores, como para vencidos y para países terceros. Y sin embargo pronto surgió la paradoja: el país, Estados Unidos, cuyo Presidente era el mayor abogado de esta novísima experiencia internacional, no ratificó ni los Tratados ni el Pacto de la Sociedad de Naciones por oposición del senado. El naciente sistema recibía un golpe durísimo, sin duda responsable de que se acortase su lánguida vida.

La Sociedad de Naciones había de ser este nuevo sistema político-jurídico internacional en el que la guerra quedaría proscrita, el secreto desaparecería de los tratados y acuerdos internacionales, las minorías que aún subsistiesen en el interior de las nuevas fronteras de los antiguos Estados o dentro de los nuevos Estados creados por el Tratado de Versalles y sus Tratados asociados serían debidamente protegidas por una compleja y lenta maquinaria (en la que se distinguió un alto

funcionario español, Pablo de Azcárate), se iniciaría un largo proceso para conseguir de forma efectiva el Desarme (aquí brillaría con luz propia Salvador de Madariaga), un Tribunal Permanente de Justicia Internacional (con un diplomático español en la Secretaría, Julio López Oliván) encauzaría los diferendos entre los Estados, un régimen de Mandatos de la Sociedad de Naciones vigilaría el proceso de evolución política de territorios desgajados del Imperio Otomano (Líbano, Siria, Palestina, Irak) encomendando estas áreas a Francia y Gran Bretaña; o de las colonias alemanas en África (Togo, Camerún, Tanganyika, África del Sudoeste) cuyos mandatarios serían de nuevo Francia y Gran Bretaña, y además Bélgica y la Unión Sudafricana; más algunas islas y territorios del Pacífico.

A mi juicio esta labor de los Mandatos fue una de las más eficaces de la Sociedad de Naciones en el período de entreguerras, pues preparó a varios países para la independencia, lo que no ocurrió con otros territorios que accedieron a la misma todos en tropel, con distinto grado de preparación (o impreparación) cuando el Año del Fin del Colonialismo. En los horrores del África central y occidental podemos ver el resultado actual de este “café para todos”.

En uno de los Mandatos, el de Gran Bretaña sobre Palestina, además de las condiciones generales de todos los demás, se insertó una cláusula por la que se incorporaba la llamada Declaración Balfour para el establecimiento en territorio de Palestina de un Hogar nacional para el pueblo judío, con la presunción de que ello no afectara a los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en el territorio bajo mandato británico. Es bien sabido que los tremendos sufrimientos padecidos por los judíos en Alemania en la segunda guerra mundial y el holocausto favorecieron una interpretación pro domo sua de los textos aprobados por las grandes potencias, con lo que quedó abierto un continuo conflicto en el Próximo Oriente del que aún no hemos visto el final.

Si pensamos en términos de sistema de seguridad colectiva, el Pacto de la Sociedad de Naciones, que carecía de poder coercitivo real, le resultaba insuficiente a Francia, pues no conseguía, por la ausencia de Estados Unidos, una garantía de seguridad creíble. Empezó entonces a trenzar una cadena de tratados de alianza individuales con Bélgica, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, que Alemania pudo considerar como un cordón sanitario que intentase ahogarla. Es la época de la Petite Entente, y le cuadra bien el diminutivo pues era una ayuda militarmente prescindible para Francia, la cual en cambio se llenaba de obligaciones de protección a poblaciones alejadas de sus fronteras.

Aunque el período de entreguerras suele considerarse como una larga tregua (E.H.Carr lo llama “La crisis de veinte años 1919-1939”), se pueden encontrar diferencias entre los años 20 y los años 30. En la primera de estas décadas, los Planes Dawes y Young contribuyeron a suavizar las turbulencias financieras existentes entre vencedores y vencidos a cuenta de las ingentes reparaciones, y entre los vencedores europeos y los Estados Unidos por las también considerables deudas de guerra. En este ambiente prometedor, Francia encontró un respiro con el Tratado de Locarno y el Pacto Briand-Kellog de renuncia perpetua a la guerra; Alemania ingresa en la Sociedad de Naciones; y la opinión pública —incluso líderes como Lloyd George— se ilusiona creyendo que finalmente los efectos de la guerra mundial han dejado de sentirse en el plano de las relaciones internacionales.

Muy pronto, en el espacio de pocos meses, esa gran ilusión se transforma en cruel decepción, al estallar en octubre de 1929 el crack de la bolsa de Nueva York.

Siguió la bancarrota del Kredit Anstalt vienés al que el Banco de Francia negaba su apoyo; la debacle se extendió a otros bancos centroeuropeos. Cesaron las inversiones y los empréstitos americanos a los clientes extranjeros. Al llegar 1933, además de Gran Bretaña, doce bancos centrales y Estados Unidos habían abandonado el patrón-oro. Se hundió el comercio internacional al no haber financiación y por defenderse los países subiendo los derechos de aduanas

España también sufrió el impacto de este derrumbamiento de la economía mundial y perdió gran parte de lo que había ganado por su política de neutralidad durante la guerra, y todo ello contribuyó en gran medida a hacer más difícil la transición al régimen republicano en 1931.

El profesor de historia de Oxford John M. Roberts, en una reciente y voluminosa obra sobre el siglo XX, no duda en calificar la gran depresión de los primeros años 30, como el hecho histórico más influyente del período de entreguerras, que se extendió simultáneamente por todos los continentes. Desaparecía así la red de seguridad, la relativa estabilidad económica mundial de los años 20, indispensable para que pudiera perdurar el fácil edificio ginebrino que custodiaba la paz y seguridad internacional.

Este fracaso del sistema liberal-capitalista prevalente desde el siglo XIX iba a ser utilizado como poderoso eslogan de propaganda, tanto por el régimen soviético (que por estar encerrado en su concha no se vio mayormente afectado), como por los nacientes movimientos políticos de signo nacionalista y totalitario, en Italia y en Alemania. En la primera, este espíritu crítico se unía a la insatisfacción por estimarse preterida en el reparto del botín de los victoriosos. En el caso de Alemania, se trata de una fuga hacia delante, que pone a toda marcha sus industrias en régimen obligado de autarquía, que forzosamente ha de llevarla a una nueva guerra. El cansancio de la opinión pública francesa (se preguntaba: mourir pour Dantzig?), y el espíritu de apaciguamiento que se atribuía a ciertos políticos ingleses (conscientes de que aún no estaba a punto su maquinaria militar para enfrentarse a una nueva guerra), indujeron a los nazis a acelerar sus preparativos y a lanzar sus ataques fulminantes a través, una vez más, de las llanuras de Flandes y de Picardía. El error histórico de luchar a la vez en dos frentes tan separados geográficamente, con la pretensión de aniquilar a una población innumerable en un territorio estepario sin límites, olvidando que la gran potencia de Occidente, los Estados Unidos, no iba a permitir que Europa cayera definitivamente bajo las garras de una potencia totalitaria y militarista que no tuvo al final más salida que el suicidio.

No olvidemos que, entre tanto, las consecuencias indirectas de la Primera Guerra Mundial también se hicieron sentir a lo ancho del mundo, fuera de Europa, empezando por aquellos países que contribuyeron muy positivamente a la victoria aliada y que lógicamente esperaban ser compensados por ello. Pienso por ejemplo en Egipto, donde El Cairo se convirtió en centro de la actividad diplomática y militar británica en todo el Levante, en el Próximo y Medio Oriente y en el camino de la India. Los movimientos populistas como el Wafd no cejarán en su lucha contra la influencia extranjera (que tanta estabilidad económica y seguridad jurídica dieron al país), hasta que, tras crisis y crisis a menudo conducidas desde las sombras por los servicios de inteligencia, primero británicos y luego norteamericanos, se hunda por sus propios deméritos la monarquía, acabe para Egipto la

belle époque y se ilusiona el pueblo con la llegada de Nasser. Occidente ha perdido este acto del Juego de las Naciones.

Algo parecido ocurría en la India, cuya aportación humana, económica y militar a la causa aliada fue tremendamente útil: pensemos sólo en que llegaron a alistarse 800.000 indios, a los que no faltó el apoyo moral del propio Gandhi y aun del Dalai Lama. Pero los tímidos ofrecimientos de medidas de autogobierno inferiores al estatuto de Dominio en el seno del Imperio no parecieron suficientes a los líderes del Partido del Congreso, mayoritario en el subcontinente. La situación se deterioró con las revueltas comunales sangrientas y repetitivas, sintiéndose obligado el líder de la Liga Musulmana, Jinnah, a encaminar su objetivo político al establecimiento de un Estado musulmán independiente y separado de la India. Gandhi, en defensa de los intereses sociales y económicos de la población, encabezó su movimiento de desobediencia civil que causaba admiración pero no le impidió tener enemigos entre su propio pueblo. Ambos líderes desaparecieron de la escena al consumarse a mediados del siglo la división del Imperio Británico de la India.

Surgen así: la República de la India (que encontrará en Pandit Nehru su mejor valedor internacional y forjador de la nueva nación); Pakistán (occidental y oriental), que se transformará en: la República Islámica de Pakistán, pasando la capital de Karachi a Islamabad, y Bangla Desh, meandro pantanoso en la desembocadura del río Brahmaputra, de exiguo territorio y población de más de cien millones, paupérrima; Ceylan (que cambiará más tarde su nombre por el de Sri Lanka) seguirá sufriendo en el norte y noroeste el embate de los tamiles emigrantes desde el sur de la India que intentan tomar posesión del territorio cingalés en el que se asientan; y Birmania, hoy Myanmar, reducto infranqueable en mano de militares. No puede decirse que sea muy brillante la situación actual del Subcontinente, al que Gran Bretaña dotó de una red de ferrocarriles y de comunicaciones telegráficas que debían facilitar la unidad y sujeción de un inmenso territorio y de un cuerpo de Administración civil (Indian Civil Service) que al menos en las primeras promociones estuvo a la altura de su misión, pero pronto la corrupción rampante, incluso entre mandos militares llamados a limpiar esos establos de Augias, fue desmontando los tímidos ropajes de democracia con que se vestían. En cambio, hubo dinero en la India y Pakistán para dotarse del arma atómica.

La evolución de China en todo este período es incluso más complicada y mucho menos conocida. En 1911, tras dos mil años de Imperio, se rompe el nexo entre Confucio y el orden imperial. El nuevo líder, Sun Yat-sen, funda el Kuomintang, y mete a la República china en la Gran Guerra junto a las potencias aliadas, de las que esperaba reconocimiento a su liderazgo así como concesiones económicas y territoriales. No habiendo obtenido todo lo deseado, se niega a firmar los Tratados; surge un grupo anti-occidental bajo el nombre de Movimiento del 4 de Mayo, uno de cuyos jovencísimos estudiantes se llamaba Deng Xiao-ping. Empieza entonces la era del comunismo en China, donde impresionó mucho que hubiese podido salir adelante una Revolución en una sociedad mayoritariamente campesina, como era la rusa.

Se produce al mismo tiempo una inmensa confusión donde encontramos más de un grupo comunista, reyertas entre el campo y la ciudad, los señores de la guerra, las distintas fidelidades de Sun Yat-sen, el nepotismo a favor de su futuro yerno Chiang Kai-shek, la reaparición de Mao Tse-tung (que a partir de 1953 se escribe Mao Zedong, lo que produce la admiración de sus seguidores), etc. Con razón los franceses acunaron la palabra *chinoiseries*. El Comintern, de un lado, aprueba la

formación de un Partido Comunista chino en Shanghai en 1921, y de otro lado entabla negociaciones con Sun Yat-sen, cuyo Kuomintang (KMT) se convierte en la agencia operativa de Moscú en China.

Por entonces, en una sociedad de estudios del marxismo en la universidad de Pekín (desde 1953, Beijing), aparece un ayudante de bibliotecario, Mao. Ya tenemos así las dramatis personae que van a figurar en las intrincadísimas convulsiones políticas y militares del gigante chino en los próximos 50 años. Querría añadir el nombre de Chu En-lai, a quien conocí en Karachi en 1956 en la proclamación de Pakistán como República Islámica; ojos vivos, inquisidores, era el componente asténico del binomio que formaba con el pícnico Mao. Se encontró allí con el Vice-Presidente norteamericano Richard Nixon, quien, años más tarde y por consejo de Kissinger, inició la apertura de Estados Unidos a la China comunista, precisamente a través de Pakistán.

En cuanto a Chiang Kai-shek, a quien Sun había enviado en período de formación a Moscú, a la muerte de este encabeza una facción dentro del KMT mas derechista y nacionalista con base en Nanking. Pero Mao, desde Hunan, consigue arrastrar a diez millones de campesinos y tras la Larga Marcha se convierte en el líder máximo. Chiang se repliega finalmente a Taiwán seguro del apoyo norteamericano. La ONU dedicará decenas de sesiones de la Asamblea General antes de decidir que Pekín ocupe el puesto de miembro permanente del Consejo de Seguridad. Queda por tanto abierto otro problema para el futuro.

Pensemos en el Japón, que con la India y China completa la gran triada asiática presente en la Conferencia de la Paz en Versalles. Agazapado en sus islas como un felino que no pierde de vista a su presa, aprovechará la debilidad congénita de China para expandirse territorialmente y al propio tiempo impedir que lo haga Rusia por esos mismos territorios lindantes con Siberia, Mongolia y Manchuria. La primera Gran Guerra era una buena oportunidad para que el Japón accediera a algunas peticiones de ayuda de parte de los aliados (buques de escolta en el Mediterráneo), cobrándoselas a costa de China a la que exige el reconocimiento de especiales intereses y derechos comerciales del Japón, primero en Manchuria y luego también en la Mongolia Interior. Estos intereses fueron reconocidos por los Estados Unidos, a cambio de que Tokio aceptara el principio de Puerta Abierta (Open Door), la independencia e integridad de China.

Si el Japón prosperó comercialmente durante la guerra mundial que ayudó a su industrialización, sufrió también luego en los primeros años 30 los nefastos efectos de la Gran Depresión con una gran influencia en su política interna que se tradujo en el fortalecimiento del sector nacionalista y militarista. Menudearon los incidentes, como el de Mukden y el de la cañonera norteamericana USS PANAY (que se resolvió de manera bien distinta al caso del MAINE). Japón ocupa Manchuria y crea un Estado satélite, el Manchukuo. La Sociedad de Naciones protesta pero no pasa nada.

En 1941 el Japón ha conseguido dejar totalmente aislada a China, salvo por la carretera de Birmania (Burma Road) por donde le llegaba ayuda británica, desde la India. Comparé anteriormente los cambios pendulares de los avances y retrocesos en el campo de batalla (como en Libia y Cirenaica en los años 40), a grandes flujos y reflujos de gigantescas mareas vivas. Así fue la guerra en Extremo Oriente y el Pacífico en 1941.

En Tokio el Alto Mando del Estado Mayor Imperial no dependía de un Jefe de Gobierno, civil o militar, sino directamente del Emperador (desde 1926, Hirohito), y decidió dejar sólo un reten importante de fuerzas de ocupación en Manchuria y la China continental, poniendo en marcha el gran ataque hacia el sur preparado con antelación de años y cuyos resultados fueron espectaculares. Recuerdo que el Embajador japonés en Madrid, Yakichiro Suma, visitaba regularmente al Ministro español de Asuntos Exteriores para anunciarle, unos días antes, la fecha de la toma inminente de ciudades como Hong Kong, Singapur, Manila, etc, coincidiendo con efemérides de la Familia Imperial. El objetivo final era hacerse dueños de un gigantesco arco en el Pacífico occidental, que iría desde las islas Aleutianas (junto a Alaska) hasta las Indias Neerlandesas y Nueva Guinea, todo ello en seis meses.

Pero era un triunfo fantástico de la Armada y la Aviación, y el más influyente políticamente desde siempre, el Ejército de Tierra, no quiso seguir con operaciones terrestres más allá de esos objetivos (por ejemplo, con una invasión de las Hawai que hubiese impedido, o dificultado mayormente, las líneas de comunicación de Estados Unidos con Filipinas y Australia). Tenía entre tanto bloqueadas 26 divisiones en China y 15 en Manchuria, que no tenían gran cosa que hacer.

Después de Pearl Harbor, la Marina y la Aviación de los Estados Unidos se lanzaron a cambiar el sentido de la marea. Su determinación política y fortaleza militar e industrial contaron con la ayuda de varios graves errores del Mando supremo japonés: tras la batalla de Midway al no haber previamente invadido las islas Hawai; en la batalla del Mar del Coral por usar escasas fuerzas en Guadalcanal y Papua, por lo que regresaron a su primer objetivo de mantenerse en un rosario de bases en islas fortificadas, como línea de defensa nacional absoluta a fines de 1943.

Las Fuerzas navales y aéreas norteamericanas bajo el mando de MacArthur consiguieron en dos o tres años de combates navales y bombardeos la superioridad militar. Acosados, los japoneses acudieron a las armas-suicidas, los kamikaze. Al final ya era sólo cuestión de tiempo y de ahorrar bajas propias a las fuerzas atacantes. Tras las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, el Emperador consiguió imponerse al grupo ultra-militarista y aceptó las condiciones de paz. El empleo de la bomba atómica, que dejó confusas a muchas conciencias, acortó la duración de la guerra, ahorró miles de bajas norteamericanas y ahuyentó en el futuro el espectro de una tercera guerra mundial.

En cuanto al nuevo orden salido de la Segunda Guerra Mundial, empezó a delinearse durante su desarrollo, primero entre Roosevelt y Churchill, después en las grandes Conferencias a tres, es decir contando con Stalin. De nuevo la política del poder y de zonas de influencia las adelanta y se sobrepone al nacimiento de un sistema jurídico-político internacional, las Naciones Unidas, que habría de contar con las lecciones del desplome del edificio ginebrino de los años veinte y treinta. Pero esa política del Poder ("Die Groose Politik") no es ya de las grandes potencias de la Sociedad de Naciones, sino la de las potencias vencedoras en 1945, y más exactamente la de las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que se han repartido un mundo bipolar.

A partir de entonces la gran historia política del mundo está determinada por el estado de las relaciones entre esas dos superpotencias, sus acciones y reacciones, y sus respectivas

constelaciones de países, satélites, aliados o afines. Cada vez cuentan menos los escasísimos neutrales que cada día lo son menos.

El poder coercitivo del Consejo de Seguridad y el derecho de veto que se han atribuido en exclusiva los cinco vencedores falsean los principios de igualdad soberana de los Estados y de universalidad en la aplicación de los principios generales del Derecho Internacional, que van quedando como simple materia de estudio, limitándose en el mejor de los casos al mero mantenimiento del statu quo en las fronteras indefinidas (Cachemira, Chipre, las dos Coreas, Cisjordania -Palestina, las ex Repúblicas Yugoslavas).

Los sucesivos acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo que recordamos por su proximidad en el tiempo y más aún por la abundante producción de películas y reportajes de televisión, reflejan el estado de las relaciones entre Washington y Moscú, los dos centros de poder atómico, que van poniendo a punto su maquinaria militar: es el equilibrio del terror. Frente a la influencia soviética en torno al Mediterráneo oriental, surge la doctrina Truman; ante los pactos político-militares de la URSS con sus satélites de Europa central y oriental que se aglutinarán en el Pacto de Varsovia, se levanta la Alianza Atlántica y su instrumento, la OTAN; ante el asedio de Berlín se monta con éxito el puente aéreo; y así sucesivamente. Cuando la situación supone un punto muerto en Europa, las avanzadillas soviéticas van tanteando por varias partes del mundo su posibilidad de ganar terreno a su adversario occidental (en Egipto, Próximo Oriente, el Cuerno de África, el centro del Continente negro, Cuba, etc). A veces, una u otra de las superpotencias, por desconocimiento de la realidad local o por un error de criterio político, cometen grandes y costosísimos fallos, Estados Unidos en Vietnam, la URSS en Afganistán.

En el terreno económico, Washington ha jugado entre tanto una carta maestra, que merece absolutamente el calificativo de histórica: el Plan Marshall. Pondrá en pie a la Alemania Federal (evitando otro fracaso como el de la República de Weimar, causa remota de la Segunda Guerra Mundial) y al propio tiempo ayudará a la reconstrucción de la economía de Europa Occidental, haciendo posible que ésta proyecte, sobre las ideas de Jean Monnet, un experimento nuevo y trascendente: el Mercado Común Europeo, que en sucesivas etapas llegará a construir en nuestro continente una Unión Europea.

En las relaciones Moscú-Washington habrá también episodios de distensión, como la Conferencia de Helsinki, la CSCE, que se institucionalizará en la OSCE, que en teoría vigila la aplicación de los principios democráticos y los derechos fundamentales en los territorios extensísimos de los países miembros, desde Vancouver a Vladivostok.

Pero Occidente no baja la guardia y a la larga gana: el Imperio soviético, construido sobre terreno arenoso, cuya disgregación interior —nos dice Francois Furet— se disimulaba a la vez con la imagen de un poderío internacional, una capacidad militar atómica y una idea universalista que le servía de estandarte, se desploma. El Imperio estalla —dirá Helene Carrere d'Encausse— por la ebullición interna del centenar de pueblos y nacionalidades, de etnias y creencias religiosas diferentes que engloba ese inmenso territorio, desde el Mar Báltico y el Mar Negro hasta el Océano Pacífico y el Ártico.

El universo comunista se deshace por sí solo y no deja tras de sí —añade Furet— una civilización, sino una tabla rasa sobre la que se yerguen pequeños personajes de nomenclatura supuestamente convertidos a la democracia y al mercado libre, o reciclados en el nacionalismo excluyente, en el territorio ruso, en el Cáucaso, en los Balcanes, en la antigua Siberia.

Fuera del ámbito territorial de influencia de Washington y Moscú, una potencia emergente, China, busca con paciencia y astucia su lugar en el mundo. Tiene todos los factores básicos para convertirse en superpotencia: territorio, población, recursos naturales, capacidad industrial y tecnológica, el arma nuclear, etc., además de un régimen totalitario impregnado de pragmatismo. El Occidente debe estar alerta, no vaya a ser que del siglo XX, que bautizamos como “siglo americano” pasemos, entrado el tercer milenio, a un “siglo chino”. Habrá que cuidar, con las viejas políticas del equilibrio de poder, a los posibles contrapesos: Japon, India, Australia.

Moraleja: no estamos en el fin de la historia. Aprendamos a conocerla mejor, para que no se repita.